

LA ROSA DE JERICÓ EN



La Rosa de Jericó, nombre evocador y altisonante desproporcionado, en apariencia, con la humilde hierba a que se aplica, de medio palmo escaso. Comenzamos con una simple cita botánica y no sabemos dónde nos llevará este simple comenzar. En los libros se lee que vive en Siria y en Egipto; pero nosotros, enamorados felices, la recogimos delicadamente del suelo en el Sáhara español, hallazgo que dilata en unos miles de kilómetros su área de dispersión. Por ella suspirábamos cuando aquí vinimos y aquí nos entrega el aroma de su misterio.

Es tan diminuta como expresiva, y su condición enjuta nos impulsa a la reflexión más jugosa. Linneo la bautizó con la jerigonza de *Anastatica hierochuntica* de *ἀναστάσις*, lo que revive, más el adjetivo *hierochuntica* o *hierochuntina*, propia de Jericó o lo relativo a las cosas sagradas. La leyenda relata, cuajada de bella ternura, cómo la Virgen, con gesto místico, ponía a secar los pobres pañales del Niño Jesús sobre un humilde arbusto del que hoy no restan más que los extremos de sus ramos convertidos en las plantitas de la Rosa de Jericó, por otro nombre *Rosa sanctae Mariae*.

Curiosa coincidencia. Esta planta forma dentro de la serie vegetal en el grupo de las crucíferas. Es una crucífera como lo fué Cristo el crucífero cuando subía al Calvario. Aquella familia botánica al igual que Cristo, son portadores de cruces. Cua-

